EL BASILISCO

Revista de materialismo filosófico

Nº 55 (2020), páginas 34-48

Eduardo Gutiérrez Gutiérrez

Universidad de Valladolid

Sobre el origen material de las ideas: un comentario crítico a la concepción idealista de la filosofía

Resumen:

Este artículo consiste en una revisión crítica de la concepción de filosofía que se construye desde el pensamiento idealista y que encontramos presente tanto en los defensores como en los detractores de la filosofía.

Para esta crítica hemos creído necesario realizar un breve repaso por las tesis del materialismo filosófico referidas a la distinción entre los conceptos y las Ideas, así como entre las ciencias (y las tecnologías) y la filosofía. Con ello refutamos la tesis del origen extra-mundano de las Ideas y de su carácter metafísico, recordando que el filósofo no piensa de espaldas al mundo, sino volcado completamente sobre él.

Por último, aclararemos nuevamente la misión de la filosofía dentro de la sociedad, así como la tarea particular del filósofo.

Palabras clave: Gustavo Bueno, Idealismo, Conceptos, Ideas, Ciencia, Filosofía.

Abstract:

This article consists of a critical review of the conception of philosophy that is constructed from idealistic thought and that we find present in both the defenders and the detractors of philosophy.

For this critique, we thought it necessary to make a brief review of the theses of philosophical materialism referring to the distinction between concepts and Ideas, as well as between sciences (and technologies) and philosophy. With this we refute the idea of the extra-mundane origin of Ideas and of their metaphysical character, remembering that the philosopher does not think with his back to the world, but turns completely on it.

Finally, we will again clarify the mission of philosophy within society, as well as the particular task of the philosopher.

Keywords: Gustavo Bueno, Idealism, Concepts, Ideas, Science, Philosophy.

EL BASILISCO

Fundador
Gustavo Bueno

Director
Gustavo Bueno Sánchez

Secretaría de Redacción
Clara Bueno (Fundación Gustavo Bueno)

Consejo de Redacción
Jesús G. Maestro (Universidad de Vigo)
José Arturo Herrera Melo (Universidad Veracruzana, México)
Íñigo Ongay de Felipe (Universidad de Deusto)
Patricio Peñalver (Universidad de Murcia)
Elena Ronzón (Universidad de Oviedo)
Pedro Santana (Universidad de La Rioja)

latindex catálogo

Dialnet

Todos los artículos publicados en esta revista han sido informados anónimamente por pares de evaluadores externos a la Fundación Gustavo Bueno.
EL BASILISCO se publica con periodicidad semestral. Véanse las normas para los autores en: http://www.fgbueno.es/edi/basnor.htm

http://www.fgbueno.es/bas
basilisco@fgbueno.es

ISSN 0210-0088 (vegetal) - ISSN 2531-2944 (digital)
Depósito Legal: O-343-78

φñ Fundación Gustavo Bueno

© Fundación Gustavo Bueno * Avenida de Galicia 31 * 33005 Oviedo (España)

Artículos

Sobre el origen material de las ideas: un comentario crítico a la concepción idealista de la filosofía

Eduardo Gutiérrez Gutiérrez
Universidad de Valladolid

1. Introducción

El objetivo de este artículo consiste en reivindicar la incardinación histórico-cultural (pedagógica, política, social, científica, institucional, &c.) del filósofo, así como la Idea misma de Filosofía (su implantación política), mediante una puesta en claro del origen histórico, a partir del manejo con los materiales procedentes de la realidad empírica o positiva, de las Ideas, el objeto de la filosofía, y todo desde las bases del materialismo filosófico. En este sentido, tendremos en cuenta tres cuestiones: la cuestión sobre el origen de las Ideas a partir de los conceptos, la cuestión sobre el origen de la filosofía a partir de las ciencias, y la cuestión sobre el lugar de la filosofía en el conjunto del saber.

¿Por qué realizar este comentario crítico? Porque de un tiempo a esta parte detecto en «nuestro presente en marcha» la hegemonización de una visión a mi juicio errónea, o falaz, de la filosofía que es coherente con el pensamiento único reinante, y que para los fines que nos ocupan podemos resumir en los -ismos del liberalismo y el idealismo, por lo que apuntaremos a lo largo del presente artículo[1]; o lo que es lo mismo, con las Ideas de Mundo, Hombre, Sociedad, Política, Historia, &c. que desde este pensamiento único se articulan y que, dada su vigencia actual, forman parte de la contextura de nuestra realidad. A todas horas, en todos los debates, en todos los programas, en todas las tertulias de plazuela y en todos los bares se enuncian una y otra vez estas Ideas, por lo que diremos reducidas a términos, sin poner siquiera intención por aclarar su confusión y oscuridad. Se expresan sin argumentación previa o posterior, sin aclaración del sentido que se les confiere en la exposición desarrollada, y generando más confusión que aquella de la que se parte (y que en ocasiones esa misma exposición pretende resolver). Como dijo Ortega: «Se habla, se habla de todas esas cuestiones, pero lo que sobre ellas se dice carece de la claridad mínima, sin la cual la operación de hablar resulta nociva»[2].

Por poner algún ejemplo, vale la pena mencionar la Red en Defensa de la Humanidad (REDH), agrupación de intelectuales mexicanos y cubanos constituida en el marco del «Encuentro Mundial de Intelectuales y Artistas en Defensa de la Humanidad» (Caracas, 2004). Como curiosidad cabe destacar la participación estelar, que dirían en los grandes eventos deportivos, del ex presidente de la República Bolivariana de Venezuela, Hugo Chávez. En el texto que recoge las conclusiones de dicho Encuentro, rotulado «Llamamiento de Caracas», que puede consultarse en la página web de la REDH, se

(1) La reducción del pensamiento único y hegemónico desde prácticamente la década de los sesenta a las doctrinas del liberalismo (económico) y del individualismo (sociológico) no es baladí, ni casual. No lo es porque es precisamente desde las bases de estas corrientes desde donde se emprende el ataque a la institucionalización de la filosofía; a saber: la persistencia en la idea del «yo» como fundamento ontológico de la realidad, la elevación de ese yo a un plano metafísico (individualismo ético, individualismo metodológico), el interés por reducir al mínimo el valor ontológico de lo real (para su gestión y administración), y la homogeneización social a partir de la racionalización *despiadada* de las relaciones sociales. Es desde estas bases, decía, desde donde se emprende el ataque a la filosofía, que, en cuanto saber que opera con Ideas, de acuerdo con la concepción idealista de Idea (caída del cielo o inserta a priori en el entendimiento humano), no sirve de nada.

Esta conclusión será el objeto de nuestra crítica, la cual se articulará a efecto de alcanzar un grado de extensión argumentativa que abarque la complejidad de nuestra problemática.

(2) José Ortega y Gasset, *El hombre y la gente*, OC v. 10, 2010, pág. 140.

Eduardo Gutiérrez Gutiérrez. *Sobre el origen material de las ideas: un comentario crítico a la concepción idealista de la filosofía*
El Basilisco, nº 55 (2020), págs. 34-48. ISSN 0210-0088 (vegetal) ISSN 2531-2944 (digital)

observa con total claridad cómo la Idea de «Humanidad», que de acuerdo con el nombre de la Red parece ser la «Idea-fuerza» que moviliza la acción conjunta de este grupo de intelectuales y artistas, se confunde en repetidas ocasiones con conceptos como los de «pueblo» («Apoyamos el derecho de los pueblos […]») o «derechos humanos» («Vivimos en una época donde la carta de la ONU no es respetada»). No se sabe exactamente a qué realidad empírica refiere la Idea de Humanidad que manejan, precisamente porque no se explica; en algunas ocasiones parece hacerlo a determinados pueblos oprimidos por las fuerzas imperialistas, como Faluya o Haití, otras veces muestran su solidaridad con los pueblos de Irak, Palestina y Afganistán (suponemos que esta solidaridad, más que con los pueblos citados, es contra las fuerzas imperialistas; o contra el imperialismo mismo, porque tampoco se aclaran estos términos), y por último, y para rizar el rizo, «hacen suyas las luchas de los trabajadores/as, de los campesinos/as, de los desocupados/as, de los precarizados/as, de los explotados/as, de los excluidos/as, de las mujeres, de los pueblos indígenas, afrodescendientes y originarios, de los migrantes, de las minorías sexuales, los niños sin amparo y las víctimas del comercio sexual».

Es decir, y a efecto de no extendernos demasiado en este punto dejamos a un lado el carácter irrisorio de las «acciones concretas» que se comprometen a llevar a cabo para formar una resistencia contra el imperialismo («red de redes de información, acción artística cultural, solidaridad, coordinación y movilización que vincule a intelectuales y artistas con los Foros Sociales y las luchas populares», &c.), que la Idea de «Humanidad» que circunscribe la acción de la REDH a veces hace referencia a los individuos particulares, otras (las más) a los pueblos, en este caso sin distinguir «naciones históricas» de «naciones políticas» (dando muestras de una retórica apologética que se posiciona de lado de los populismos de las repúblicas hispanoamericanas, como la de la propia Venezuela), y por último a colectivos tan dispares entre sí, tan poco homogéneos en su unidad, que neutralizan el sentido mismo del Encuentro, y del proyecto en su totalidad. Y decimos esto no con ánimo de ofensa, sino con la clara convicción de que una acción que se realice o se considere realizada en nombre de la Humanidad tiene que tener claro, cuanto menos, qué se quiere decir cuando se dice «Humanidad». En caso contrario, no se hará más propaganda demagógica.

En razón de lo apuntado en el párrafo anterior no solo creo necesario aclarar estas cuestiones por cuanto esas Ideas, objeto de la filosofía, no se entienden o se entienden confusamente, aunque ello también se persiga, sino sobre todo porque la noción de filosofía que se deriva de este planteamiento, aunque no necesariamente peyorativa, es falaz, y por ello requiere de un profundo análisis crítico. Digo que no necesariamente tiene que ser peyorativa porque tal noción está presente tanto en los que están en contra de la implantación de la filosofía en Institutos y Universidades, o en la extensión de esa implantación, como los que están a favor. De hecho, he realizado un pequeño estudio sobre el modo como se comprende la filosofía en las presentaciones al Grado en Filosofía de las principales Universidades de España, obteniendo resultados que respaldan la tesis planteada. Analizaremos estos resultados en el punto tercero del artículo.

La Idea de Filosofía contra la que tenemos que pensar, ya lo hemos visto, es una idea hipostática, sustantivada, metafísica. Precisamente porque es una Idea metafísica de Filosofía acorde con el pensamiento metafísico liberal e individualista es nuestra obligación, la de los filósofos materialistas, triturarla, triturando con ella otros tantos mitos anejos a ella; a saber: el mito del libre comercio, el mito de la política como gestión, el mito del fin de la historia. En este sentido creo acertada la expresión el «mito de la filosofía» siempre que con ella refiramos a una concepción idealista o metafísica de la filosofía que, arrancando a la filosofía de los campos categoriales sobre los que trabaja, de las operaciones que «cierran» estos campos constituyendo las ciencias positivas, apelan a una serie de ideas completamente desconectadas de la realidad, esto es, del principio de «symploké» gnoseológica (estructura de la razón) y ontológica (estructura de la realidad). Podemos decir que la concepción idealista de la filosofía, tal y como la vamos a definir a continuación, es un mito: un mito en el sentido vulgar del término (una ficción alegórica), y un mito en el sentido crítico, como una ilusión que resulta de construcciones artificiosas con Ideas y realidades (términos, campos) que se consideran desconectadas del resto de Ideas y realidades.

Dividiremos esta reivindicación crítica en tres partes, además de la introducción: la primera parte trata sobre el origen material o técnico de las Ideas filosóficas y de los conceptos científicos, a efecto de refutar la tesis metafísica acerca de su origen. En la segunda parte desarrollaremos la relación que existe, demostrado ya el origen material de las Ideas, entre la filosofía y las ciencias, de acuerdo con lo escrito a este respecto por Gustavo Bueno. En la tercera (cuarta) y última parte, a modo de conclusión y como reacción a la Idea metafísica de la Filosofía y del filósofo, presentaremos (una vez más, aunque nunca sean suficientes) la Idea materialista de Filosofía y de la tarea del filósofo atendiendo a las Ideas de «sistema» y de «crítica» del materialismo filosófico.

Antes de nada, hemos de fijar la Idea metafísica de Filosofía que será objeto de nuestra crítica. Esta Idea deriva de una visión, todavía no metafísica, sino más bien vulgar, de un positivismo vulgar, de la política, la economía y la Historia[3]: la política y la economía, en

(3) Aunque reduzco el alcance de esta metafísica liberal a partir de cuya crítica quiero poner de manifiesto el modo como se banalizan cier-

Eduardo Gutiérrez Gutiérrez. *Sobre el origen material de las ideas: un comentario crítico a la concepción idealista de la filosofía*
El Basilisco, nº 55 (2020), págs. 34-48. ISSN 0210-0088 (vegetal) ISSN 2531-2944 (digital)

el tiempo de las «democracias homologadas»[4], solo son gestión, administración, y en absoluto ideología (sería interesante, a este respecto, estudiar la relación que pudiera haber entre el neoliberalismo dominante y el posmodernismo que alienta la idea de la des-ideologización de la Historia y de la política). Entonces, quienes tienen que ocuparse de la política y de la economía no son los políticos ni los economistas, no al menos en el sentido amplio de ambos términos, sino los «gestores». Y quien dice gestores dice empresarios. Pero esta misma idea se aplica para la Historia, que ya no es un relato ideológico (el «relato de los vencedores», o los cuatro grandes relatos de la modernidad), sino un contenedor de hechos positivos que tienen que ser ordenados de una forma eficiente. Y, por último, la filosofía, que está allende de la realidad, que se ocupa de Ideas que no están en este mundo (la enseñanza dualista de Platón ha hecho mucho daño en este punto), no vale, no sirve, no es eficiente para el mundo práctico en que vivimos. Como ya dijo el profesor Bueno, no se trata tanto de un odio a la filosofía, sino de un desprecio por su supuesto carácter superfluo: la filosofía ya ha sido realizada, todos son filósofos. Entonces, ¿por qué y para qué necesitan una asignatura de filosofía?

La filosofía, según este pensamiento, que como digo está presente entre algunos de sus defensores, es: el camino del Conocimiento por la vía de la Razón para la conquista de la Verdad y el Bien, condiciones últimas para el ejercicio de la Libertad en el seno de un sistema democrático (libertad democrática). Como vemos, en esta definición se incluyen conceptos oscuros y confusos que, elevados a la categoría de Ideas-fuerza (nótese el modo como han sido introducidos en la definición, intencionalmente, con la primera letra en mayúscula), distorsionan la propia Idea de Filosofía, confundiéndolo todo. Este será el objeto a derribar con la crítica.

Este modo de comprender la filosofía aparece por ejemplo en la serie *Merlí*, emitida en televisión durante los años 2015 y 2016 y actualmente disponible en la plataforma digital Netflix. El contenido filosófico de esta serie es prácticamente nulo, reducido a algunas nociones básicas sobre escuelas y corrientes filosóficas que hacen las veces de rótulos de sus distintos episodios. Pero nada más. El resto de la serie está a la altura de las series sobre la vida del adolescente en el Instituto que tanto éxito tuvieron en la década de los dos mil. Lo más curioso, lo que más nos llama la atención de esta serie (hasta el punto de creer oportuno hacerle una referencia crítica) es la imagen del filósofo o del profesor de filosofía que transmite, y que está directamente conectada con la definición de filosofía expuesta arriba. Merlí Bergeron es un profesor de filosofía con una vida desajustada y con múltiples problemas sociales, económicos y personales que, de acuerdo con la propia narrativa de la serie, parecen ser un mismo problema: su libertinaje. Le ahorraré al lector detalles innecesarios que le darán a esta serie más fama de la que realmente merece, pero en pocas palabras diremos que la imagen del profesor en filosofía que nos ofrece está a medio camino entre John Keating (*El club de los poetas muertos*) y Tyler Durden (*El club de la lucha*). Entre el «colegueo» con los alumnos, el flirteo con las profesoras del Instituto (incluso enseña a alguno de sus alumnos a cómo ligar), el abandono de su mujer e hijo cuando éste era un niño, la desobediencia como norma de vida y la defensa de que vivir filosóficamente se reduce a vivir a contracorriente, esta serie transmite la idea de que la filosofía es poco más que un pasatiempo para machotes que quieren vivir al límite y sin responsabilidades, cuando no una «asignatura maría». Libertad, razón, emancipación… Volvemos a la concepción idealista de la filosofía, como actividad inútil, acaso idónea para majaretas.

2. Sobre el origen de las Ideas filosóficas: Ideas y conceptos

La filosofía idealista tiende a atribuirle a las Ideas un orden ontológico aparte y externo del orden ontológico del mundo empírico, en el que operan los conceptos; bien en un mundo metafísico que en ocasiones se interpreta como mundo celeste (es el caso de San Agustín), bien en la conciencia pura y trascendental que ofrece los materiales a priori (la caja de herramientas) para la comprensión del mundo empírico, como es el caso de Kant. Sobre la definición de filosofía, incluso del pensamiento mismo, que deriva de este planteamiento idealista y sustantivista (metafísico) sobre el origen de las Ideas hablaremos en el siguiente apartado. Por el momento, basta con la explicación aportada.

Por el contrario, una filosofía materialista como la que nosotros defendemos «rechaza de plano esta separación "ontológica" de los respectivos territorios designados como "lugar" de los conceptos o de las ideas»[5]. Partiendo de la tesis de que lo único real es la materia[6], de que no hay más realidad que la materia, y de

tas actividades institucionales universales (es decir, que están presentes en toda sociedad humana) a la tríada economía-política-historia, ello no significa que no pueda aplicarse el mismo método para el análisis de otras tantas instituciones, como por ejemplo la Cultura o el Derecho.

(4) Gustavo Bueno, *Panfleto contra la democracia realmente existente*, OC v. 2, 2020, pág. 113.

(5) Gustavo Bueno, "En torno a la distinción entre "Conceptos" e "Ideas". A propósito del "ensayo etimológico" *La Mesa* de Víctor Martínez Patón", *El Catoblepas*, 127, 2012, pág. 1.

(6) «Materia» en cuanto «materia determinada» por el sistema de operaciones (técnicas, tecnológicas) que se realizan sobre ella. Es decir, materia determinada en cuanto M_i o «mundo» («materia ontológico-especial»), conformado por los tres géneros de materialidad: el primer género de materialidad (materia corpórea o físico-química), segundo género de materialidad (materia no corpórea, espiritual o psíquica) y tercer género de materialidad (distancias, relaciones, Ideas, conceptos: sistemas ideales). Más allá de M_i, envolviéndolo, localizamos a la «materia ontológico-general» (M) que absorbe a M_i sin identificarse con él (a efecto de distinguir el materialismo propio del materialismo filosófico del «mun-

Eduardo Gutiérrez Gutiérrez. *Sobre el origen material de las ideas: un comentario crítico a la concepción idealista de la filosofía*
El Basilisco, nº 55 (2020), págs. 34-48. ISSN 0210-0088 (vegetal) ISSN 2531-2944 (digital)

que ésta se articula en el mundo (*Mundus adspectabilis*) según tres géneros de materialidad, no puede aceptarse el argumento idealista sobre el origen extra-mundano de las Ideas. Entonces, la explicación materialista sobre el origen de la Ideas, que a la postre serán definidas como objeto propio de la filosofía, tiene que remitir única y exclusivamente a la realidad material de la que surgen los conceptos.

Las Ideas tienen un sustrato histórico; es decir, surgen de la confluencia y la confrontación de los conceptos conformados en los campos operatorios de las distintas ciencias y tecnologías. El proceso de construcción material de las Ideas sería el siguiente: primero, en el mundo empírico que tenemos delante, el mundo fenoménico en el que vivimos junto a otros tantos sujetos operatorios zootrópicos, estos y nosotros (también en la condición de sujetos corpóreos operatorios) realizamos una serie de prácticas operatorias con los objetos y con otros sujetos corpóreos, ya sean animales (experimentación científica, caza) o humanos (guerra, asesinato, experimentación, representación). Desde estas y otras prácticas operatorias se constituyen las técnicas, primera forma de intervención (institucionalizada) del sujeto humano sobre el mundo empírico (intervención que, además, tiene un carácter transformativo: así por ejemplo, la técnica de la rueda nos permite transformar nuestro el físico, organizarlo de acuerdo a nuestra propia medida[7], y la técnica de la agricultura crear cultivos artificiales que transforman el entorno y permiten el asentamiento de los primeros grupos humanos). De hecho, podríamos considerar al lenguaje como una técnica capaz de desbordar la realidad fenoménica existente con la introducción de expresiones capaces de constituir acciones y prácticas operatorias nuevas, como la organización política de las tribus[8].

Es a partir de estas técnicas originarias desde donde comienzan a desarrollarse las ciencias. Las prácticas operatorias con los objetos o los sujetos corpóreos se realizan siempre dentro de ciertos campos categoriales que se constituyen por clases de «términos», «operaciones» y «relaciones». Los términos se hallan dados junto a otros términos, porque es precisamente gracias a esa pluralidad de términos que la ciencia puede operar sobre su campo. La ciencia comienza a andar por sí misma, a considerarse como ciencia, cuando logra el cierre categorial de su campo. Una vez que estos campos operatorios se cierran, se forman las diferentes ciencias y las diferentes tecnologías sobre estas ciencias, que intervienen sobre sus respectivos campos a través de los «aparatos». Estos aparatos, cuando se aplican sobre el campo propio de la ciencia particular, son capaces de constituir nuevas realidades dentro de ese campo (de donde deriva en último término las verdades científicas en cuanto «identidades sintéticas sistematizadas»). En cualquier caso, para lo que nos interesa basta con señalar que los conceptos surgen de prácticas operatorias o técnicas, y que estos conceptos cierran sobre sí el campo de una ciencia particular.

Algunos de estos conceptos rebasan sus respectivos campos hacia los campos de otras ciencias. Hablamos entonces de Ideas, de Ideas filosóficas. Entonces, la conclusión a la que llegamos contra la tesis idealista del origen metafísico de las Ideas, es que las Ideas no vienen caídas del cielo, ni tampoco son fruto de la revelación divina, ni siquiera son Ideas a priori presentes en la conciencia de los hombres, sino que tienen un origen material y operatorio que permite vincularlas con los conceptos, las técnicas, las tecnologías y las ciencias.

Las Ideas resultan de la confrontación de diferentes conceptos que exceden sus respectivos campos. Antes de pasar a exponer la función de las ciencias en relación a los conceptos y de la filosofía en relación a las Ideas, así como la relación entre las ciencias y la filosofía, expondremos algunos ejemplos sobre el origen operatorio o práctico de las Ideas extraídos de las Cuestiones preambulares del *Diccionario filosófico* de Pelayo Sierra[9].

Tenemos Ideas, como la Idea de «Nada», que proceden de la convergencia o confrontación de los conceptos de: «cero» (Aritmética), de «vacío» (Física) y de «muerte» (Zoología, Antropología). Otras, como la Idea de «Causa», comprenden conceptos de tipo biológico, social, psicológico y físico. También tenemos algunas Ideas que no proceden directamente de conceptos, sino más bien de ciertas prácticas o experiencias operatorias. Ejemplos de estas últimas son la Idea de «Dios» (experiencias con animales del Pleistoceno)[10], la Idea de «Evolución» (el acto de

danismo»). El «Ego trascendental» (E), que no es sino la «conciencia filosófica o científica», las diferentes bandas de egos en la Historia, tiene la tarea de: servir de nexo entre M y M_i (filtrando M en M_i a partir de los procesos de operatoriedad técnica, tecnológica y científica; *construye* el mundo transformándolo), y de totalizar los géneros M_1, M_2 y M_3 en M_i, coordinándolos. En este sentido podemos decir que el mundo, M_i, es materia ontológico-general, M, pero dada a escala del Ego, E. (Gustavo Bueno, *Materia*, Pentalfa, Oviedo, 1990; Gustavo Bueno, *El Ego trascendental*, Pentalfa, Oviedo, 2016.)

(7) Recordando a Protágoras («El hombre es la medida de todas las cosas»), no es que el mundo sea relativo al hombre, sino que las cosas son medidas por el hombre; es el hombre quien organiza las cosas de lo real en cuanto tal.

(8) Basta con mencionar la teoría de los actos del habla de John Langshaw Austin (*How to do Things with Words?*, 1962), o la tesis orteguiana sobre el pensamiento como una forma de operar con las cosas (*El hombre y la gente*, 1949).

(9) Pelayo García Sierra, *Diccionario filosófico, manual de materialismo filosófico*, versión digital (segunda edición), 2019.

(10) En relación a las religiones, desde la perspectiva materialista, cabe realizar un par de apuntes. En primer lugar, es importante señalar que la Idea de Dios y la Idea de Religión, aunque inseparables, son disociables; es decir, es posible hablar de religión sin remitir a la Idea de Dios, porque, como acabamos de ver, la Idea de Dios procede de ciertas experiencias primitivas con animales que adquirieron la condición de en-

Eduardo Gutiérrez Gutiérrez. *Sobre el origen material de las ideas: un comentario crítico a la concepción idealista de la filosofía*
El Basilisco, nº 55 (2020), págs. 34-48. ISSN 0210-0088 (vegetal) ISSN 2531-2944 (digital)

desenrollar los documentos en formato rollo o papiro) o las Ideas de «Apariencia» y «Verdad» (relacionadas con las experiencias con dispositivos capaces de manejar luces y sombras; o incluso con la propia idea del fuego y las sombras, de acuerdo con el mito platónico de la caverna). Y por último, tenemos Ideas que resultan directamente de ciertos aparatos o técnicas, como la Idea de «Persona» (que hace referencia a las máscaras que utilizaban para hablar, *per-sonare* en la traducción latina, los actores trágicos de la Grecia clásica), la Idea de «Mundo» (el cofre de la novia) o las Ideas de «Materia» y «Forma» (moldeamiento de utensilios o figuras de barro).

Como puente hacia el tercer punto, la tesis materialista sobre el origen de las Ideas filosóficas que hemos planteado en reacción o como contrapunto a la esis idealista o metafísica sobre el origen prístino y extra-mundano de las Ideas ya nos pone sobre la pista de un cambio radical en el modo de concebir la filosofía y la actividad del filósofo. Por lo que respecta a la primera cuestión, la filosofía en cuanto trabajo con Ideas (a falta de una explicación más elaborada, que expondremos a continuación), no puede entenderse en absoluto allende del mundo (M_i), de manera que esa tesis de que la filosofía no refiere a la realidad, o de que los filósofos trabajan con Ideas que no dicen nada sobre la realidad empírica de los sujetos operatorios es falsa, absolutamente falsa. Como falsa es la idea del filósofo como un individuo abstraído del mundo, casi como un místico, que cuando piensa reflexiona apartándose de la realidad sobre la que opera (la escultura *Le Penseur* de Rodin, tantas veces criticada por el profesor Bueno, es un ejemplo muy claro de esta forma de concebir la actividad del filosofar). Es inaceptable, en el punto del estudio en el que nos encontramos, sostener que el filósofo es un individuo que teoriza de espaldas al mundo, fuera del mundo, y la consiguiente tesis de que la filosofía es una ciencia ajena a la realidad práctica de los hombres, las sociedades y los pueblos. Es decir, que es falsa la reducción ingenua de la filosofía a la metafísica, o a la mística. Precisamente, la Idea materialista de la filosofía atenta contra la metafísica en cuanto saber sobre Ideas desconectadas de la realidad.

3. Sobre el origen de la filosofía: técnicas, tecnologías y ciencias

De acuerdo con la exposición anterior, la filosofía no puede entenderse como una ciencia caída del cielo. Ni ciencia, ni caída del cielo. La filosofía está necesariamente entretejida con y en la realidad, pero de un modo muy particular.

Si antes decíamos que las Ideas filosóficas surgen de las intersecciones y confrontaciones entre conceptos categoriales que exceden sus campos, como por ejemplo el concepto de «libertad», que se aplica en la Ciencia Política, en el Derecho, en la Sociología, en la Psicología, en la Estadística, en la Mecánica, en la Física y en la Etología, conformando en esa intersección pluricategorial la Idea filosófica de Libertad, la filosofía es un saber de segundo orden que opera sobre saberes previamente dados: científicos[11], técnicos y tecnológicos (como resultado de las confrontaciones entre diferentes categorías científicas y no científicas, que por sí solas no agotan la realidad constitutiva del mundo). Con esta tesis echamos por tierra la Idea de la filosofía como «ciencia de ciencias» (Husserl, *La filosofía como ciencia estricta*) o «madre de todas las ciencias», que argüirán los defensores de la filosofía, y la Idea crítico-peyorativa de la filosofía como una ciencia extra-mundana que no se ocupa de los asuntos del mundo, ni siquiera de los humanos, sino de temas tales como el sexo de los ángeles, los diferentes atributos del ser, la diferencia ontológica, &c., que argüirán los opositores de la (implantación política de la) filosofía. Las echamos por tierra porque estas dos posiciones, que sustantivan a la filosofía arrancándola del mundo, son metafísicas. No reconocen el carácter material de la realidad ni el origen subsidiario de la filosofía.

A continuación desarrollaremos la Idea de la filosofía como «saber de segundo grado». Después, y para establecer un contrapunto no crítico-peyorativo, expondré la Idea de filosofía que deducimos del estudio de las diferentes formas de concebir la filosofía implícitas en las presentaciones y guías docentes del Grado de Filosofía de las principales Universidades españolas.

Que la filosofía sea un saber de segundo grado quiere decir que no es la madre de todas las ciencias, ni siquiera una ciencia (veremos por qué): «La filosofía bebe siempre de otras fuentes (mundanas, tecnológicas o científicas)»[12]. No en vano, en la puerta de acceso a la Academia platónica se podía leer el rótulo «No entre

tidades sobre-humanas («númenes»). (Gustavo Bueno, *El animal divino*, Pentalfa, Oviedo, 1996.)

Y en segundo lugar, a colación de lo primero, en las conocidas como «religiones del libro», terciarias, podemos rastrear el origen para nada mitológico ni trascendental de sus dioses, y que de nuevo nos pone sobre la pista de las prácticas operatorias, en ocasiones entretejidas en procesos políticos, de los que deriva la Idea de Dios de cada religión. Así por ejemplo, como dice Unamuno en *El sentimiento trágico de la vida*, San Pablo, que no conoció al Cristo-Hombre, se inventó al Cristo-Dios. Por no decir de Yahvé, el Dios del judaísmo, creado por Moisés.

(11) «Ciencia» o «ciencias» en el sentido de la tercera acepción establecida en la teoría del cierre categorial: las ciencias modernas, que surgen después de la revolución copernicana. (Gustavo Bueno, *Teoría del cierre categorial*, v. 1, Pentalfa, Oviedo, 1992.)

(12) Gustavo Bueno, *Teoría del cierre categorial*, v. 1, Pentalfa, Oviedo, 1992, pág. 45.

Eduardo Gutiérrez Gutiérrez. *Sobre el origen material de las ideas: un comentario crítico a la concepción idealista de la filosofía*
El Basilisco, nº 55 (2020), págs. 34-48. ISSN 0210-0088 (vegetal) ISSN 2531-2944 (digital)

nadie que no conozca la geometría» (*kai diá Platóna epigrápsanta prò tou mouseíou ageométretos médeis eisíto*), sin perjuicio de que efectivamente entrasen estudiantes que no conocían la geometría. Precisamente porque la filosofía no teoriza desde cero, porque necesita un suelo conceptual-categorial previo sobre el que construir un sistema de Ideas, no puede haber filosofía sin que haya antes ciencia. La Geometría y las Matemáticas fueron las ciencias que estimularon el desarrollo de la filosofía en la Grecia clásica en cuanto «filosofía académica», que fue, precisamente, la filosofía de Platón[13]; Kant no podría haber desarrollado su criticismo sin Newton, y Russell sin Einstein; a día de hoy, es impensable una filosofía desconectada de la mecánica cuántica y de los debates límite entre la ontología y la gnoseología que plantea. La filosofía (mejor dicho, las filosofías) no puede desasirse de los desarrollos actuales de las ciencias. En nuestro presente en marcha, una filosofía seria y rigurosa no puede dejar de atender a la Biología, a la Física Cuántica, a la Física de Materiales, a la Neurociencia, a la Robótica, a la Ingeniería, a la Arquitectura, a la Biotecnología, a la Medicina, a la Química, a la Sociología, a la Ciencia Política, a la Historia, a la Geometría, a las Matemáticas, a la Geografía, &c. Y tampoco, como es obvio, a las técnicas y las tecnologías que evolucionan conforme las ciencias citadas y otras evolucionan; sirva de ilustración para la relación intrínseca entre las tecnologías y las ciencias el impulso creciente que actualmente experimentan las Neuro-ciencias, cuyos avances científicos no podrían haberse realizado sin los avances tecnológicos de la Neuro-tecnología (realidad virtual, I.A. interfaces cerebro-máquina, &c.).

Un ejemplo bien cercano. Durante los meses de pandemia por el COVID-19 ha habido muchos filósofos que se han apresurado a opinar sobre la pandemia y a pronosticar nuevos modelos de sociedad y de producción. Clasificamos a estos filósofos en «oportunistas» o «dogmáticos». Los oportunistas, como Byung-Chul Han, se adelantan a todos los demás pensadores para profetizar un futuro de mayor control social, al estilo de las novelas de Orwell y Huxley. Los dogmáticos, como Slavoj Zizek, hacen uso de la pandemia como coartada para justificar sus viejas teorías aureolares. Algunos, incluso, han llegado a escribir artículos y libros al respecto, con las mismas intenciones que los anteriores. ¡Libros sobre filosofía escritos en menos de dos meses, y diseñados precisamente para ser leídos en menos de dos meses! Pero lo que ninguno de estos filósofos tiene en cuenta es que si se pretende hacer una filosofía genitiva del COVID-19 o de la pandemia coronavírica es imprescindible atender a las relaciones que se establecen entre la medicina, la epidemiología y la biología molecular. Y además, tener ciertas nociones de teoría política y estar al tanto de la actualidad de la *Realpolitik*. Y si no tiene esto en cuenta, todos los libros de filosofía que se publiquen serán, literalmente, basura mediática. En este sentido, y de acuerdo con la diferencia establecida más abajo, más que una «Filosofía del Coronavirus» tendremos, o habríamos de tener, en todo caso, a posteriori (el «Búho de Minerva», que dijo Hegel), una «Teoría del Coronavirus» de carácter eminentemente filosófico.

Continuando con la idea anterior, la filosofía no puede dejar de atender a las ciencias porque los conceptos de las ciencias, las técnicas y las tecnologías sobre los que operan son el salvoconducto que tiene para estudiar la realidad. Dicho de otro modo: la forma como la filosofía estudia la realidad o se acerca a la realidad es a través de las ciencias. O, nuevamente, con otras palabras: la realidad que estudia la filosofía es la realidad que crean las ciencias y las tecnologías. La intervención de la filosofía en la realidad es solo secundaria. El sistema de Ideas filosóficas coincide con la *symploké* de lo real en tanto en cuanto esas Ideas proceden de conceptos que operan sobre la realidad y la transforman (por eso mismo las Ideas filosóficas no se desconectan de la realidad). En la medida en que las Ideas forman una *symploké*, un sistema, se entretejen entre sí y con la realidad de las ciencias, evolucionando, estableciendo jerarquías, entrelazándose y separándose, pero en ningún caso abstrayéndose de la realidad. Como en una ocasión dijo Lenin, las Ideas, cuando son verdaderas, nunca se abstraen de la realidad. Son la realidad misma, siempre y cuando no interpretemos esta tesis en el sentido del adecuacionismo (adecuación Idea-fenómeno), sino del circularismo tal y como es expuesto en el tomo primero de la *Teoría del cierre categorial*.

Con esta tesis hacemos frente a los «filósofos de cuño idealista (Kant o Husserl)», que tenderían «a reservar a las Ideas un territorio ontológicamente separado del territorio en el que se mueven los conceptos […], "más allá" del mundo fenoménico, acaso en un mundo metafísico, en el "Cielo" (el mundo celeste platónico o la mente de Dios…), o en la "Tierra" (en la conciencia pura de los hombres que en ella viven)»[14]. Pero para establecer diferencias con la filosofía analítica hemos de hacer notar que las Ideas no se reducen a juegos de palabras

(13) Desde el materialismo filosófico distinguimos una «filosofía académica», la que se practica en las Academias y que se constituye desde la disciplina científica, y la «filosofía mundana», ejercitada al margen de la disciplina científica en un estadio cultural avanzado. La introducción de la idea de la filosofía mundana le quita a la académica el monopolio del saber. ¿Es que acaso sabe menos de camiones quien los conduce que quien los construye o repara? En cualquier caso, conviene destacar que la filosofía académica, que no agota el saber, tiene una procedencia mundana; su tarea consistirá entonces en «la explotación de una 'symploké' cristalizada en un conjunto concreto de *Ideas* que han ido decantándose en el proceso histórico mismo de la producción, que han sido 'arrojadas', por así decir, en el curso mismo de este proceso […]» (Gustavo Bueno, *El papel de la filosofía en el conjunto del saber*, Ciencia Nueva, Madrid, 1970, pág. 251).

(14) Gustavo Bueno, "En torno a la distinción entre "Conceptos" e "Ideas". A propósito del "ensayo etimológico" *La Mesa* de Víctor Martínez Patón", *El Catoblepas*, 127, 2012, pág. 1.

Eduardo Gutiérrez Gutiérrez. *Sobre el origen material de las ideas: un comentario crítico a la concepción idealista de la filosofía*
El Basilisco, nº 55 (2020), págs. 34-48. ISSN 0210-0088 (vegetal) ISSN 2531-2944 (digital)

(conceptos), y que no podemos reducir el análisis de las Ideas filosóficas al análisis del lenguaje. No, al menos, al lenguaje en cuanto lenguaje de palabras. Ya dijimos más arriba que el lenguaje se puede entender como una técnica en la medida en que el significado de las palabras pronunciadas se ve en muchas ocasiones sobrepasado por el significado completo del acto comunicativo (podemos poner como ejemplo el juramento, las palabras que el cura o el funcionario de turno pronuncia para oficiar un matrimonio, o una apuesta que adopta la forma proposicional: «Puedo prometer y prometo…», que profirió el ex-presidente del Gobierno de España Adolfo Suárez). Pero también hemos de apuntar que hay lenguajes, como el lenguaje mímico o el lenguaje gestual, por no decir el lenguaje de signos, que no comunican palabras propiamente dichas, sin ser por ello menos lenguaje.

Insisto en la Idea de «sistema» que acabamos de introducir para poner en claro que la diferencia básica entre una filosofía académica y una filosofía espontánea o mundana, según la distinción realizada en la nota a pie número trece, es la condición sistemática de la primera. Sin sistema la filosofía no puede acercarse a la realidad, de acuerdo con la noción de realidad de la ontología general del materialismo filosófico, que media entre el monismo y el discontinuismo. Frente al monismo se negará, siguiendo a Platón, la tesis de que «todo está conectado con todo», puesto que de ser esto cierto a partir de una causa podríamos derivar todos los efectos, haciendo imposible la causalidad de las ciencias (y de la filosofía); y frente al discontinuismo se niega también que nada esté conectado con nada, porque, de nuevo, no habría posibilidad de ciencias ni de filosofía[15]. La realidad está ordenada en la forma de una *symploké*, de modo que ni todo está conectado con todo ni nada está conectado con nada: en la realidad impera un principio de pluralidad, sí, pero también de discontinuidad, que es precisamente el que hace que las ciencias, que se ocupan de diferentes campos operatorios (entre los cuales hay *vetas* o «junturas naturales») sean inconmensurables las unas respecto de las otras. Y es también el principio que rechaza los reduccionismos que se argumentan desde algunas ciencias; por ejemplo desde la química («todo es química»), desde la psicología («todo es psicología») o desde la geometría («todo es geometría»). Con estos tres ejemplos hemos referido a tres reduccionismos relativos a cada uno de los tres géneros de materialidad, respectivamente.

La filosofía, repetimos, es un saber de segundo grado que presupone saberes previos. En este sentido, la filosofía se ocupa de las Ideas filosóficas que desbordan los campos de las ciencias particulares con el objetivo de revisar su capa metodológica. Esto es importante indicarlo: la filosofía no se ocupa de refutar tales o cuales teorías a la luz de los hechos, sino de revisar los procesos metodológicos que llevan a una ciencia particular a realizar unos experimentos u otros, a considerar unos u otros fenómenos, &c. Según los términos de Kuhn (*La estructura de las revoluciones científicas*), la filosofía estudiaría los paradigmas que instauran etapas de «investigación normal» entre una crisis científica y otra crisis científica («etapas extraordinarias»). Asimismo, y en relación a los conceptos, la filosofía se encarga de determinar desde qué conceptos se conforman las Ideas, lo cual ya implica una crítica a las ciencias que hacen uso de esas Ideas, así como la tarea de destruir los términos empleados por algunos científicos y con los que se pretende derivar Ideas de contextos extra-conceptuales. Resumiendo este párrafo, la primera tarea que podemos atribuirle a la filosofía desde la perspectiva de la distinción entre conceptos e Ideas es la clasificación de las ciencias, que supone ya una crítica («clasificar es criticar»), y que una tarea propiamente filosófica (es decir, no científica) porque para su ejercicio se precisa de una concepción del «saber», de la «ciencia» y de la «verdad».

Entre la aproximación anterior y el punto siguiente, referido exclusivamente al papel de la filosofía y del filósofo en la sociedad, me parece oportuno introducir los resultados del estudio sobre los diferentes modos de comprender la filosofía en las Universidades españolas. Esta definición, claro está, no se hace explícita, sino que podemos construirla a partir de los conceptos que con mayor recurrencia aparecen en estas exposiciones preliminares.

Podría parecer que el establecimiento de una concepción general de la filosofía dentro del cuerpo universitario español realizada a partir de los textos de presentación de los distintos Grados no obedece a ningún criterio, y, en consecuencia, no puede ser signo de nada en absoluto. No obstante, si tenemos en cuenta que estos textos son los que terminarán de convencer, o no, a los estudiantes preuniversitarios a estudiar filosofía, tiene todo el sentido partir desde ahí para analizar qué se está entendiendo por filosofía en la Universidad española. Bien es cierto que podríamos tener en cuenta también los títulos de máster, en los que la filosofía aparece entretejida con otras ciencias. No obstante, en la mayor parte de estos másteres solo se profundiza en ciertos aspectos filosóficos, salvando algunos en los que se estudia directamente una ciencia particular desde bases filosóficas (Máster en Filosofía Política, Máster en Filosofía del Derecho, Máster en Lógica y Filosofía de la Ciencia, &c.). Luego hay otros, los más, que ofrecen salidas profesionales no relacionadas con la docencia a los titulados universitarios, tales como las relativas a la gestión cultural o a la administración de departamentos de recursos humanos en empresas privadas. De nuevo, estos másteres y la definición que puedan ofrecernos de filosofía no son relevantes para nuestros objetivos.

(15) Es decir, que desde las bases del materialismo filosófico, una filosofía monista, lo mismo que una discontinuista, se destruye a sí misma.

Eduardo Gutiérrez Gutiérrez. *Sobre el origen material de las ideas: un comentario crítico a la concepción idealista de la filosofía*
El Basilisco, nº 55 (2020), págs. 34-48. ISSN 0210-0088 (vegetal) ISSN 2531-2944 (digital)

He tomado como muestra una veintena de Universidades públicas[16]. Como es evidente pensar, según cada Universidad, Facultad y Departamento se pondrá el énfasis en unos u otros aspectos de la filosofía que se creen dignos de relevancia. Algunos de ellos son positivos, no cabe duda. Pero lo que sucede es que en prácticamente todos los Grados consultados se repiten una serie de tópicos directamente relacionados con la concepción distorsionada de la filosofía que sometemos a crítica en este artículo.

Es común, por ejemplo, la referencia a la filosofía como disciplina que enseña a pensar o que garantiza la libertad de pensamiento. Por lo que respecta a la primera cuestión, y aun reconociendo que la filosofía es un saber que enseña a pensar (por muy tautológica que sea la expresión), ya dijo Kant que se aprende la filosofía filosofando, no entiendo en qué medida la filosofía puede enseñar a pensar más o mejor que las matemáticas, la física o la geometría, por solo citar tres ciencias. Sobre la libertad de pensamiento, Gustavo Bueno expuso en varias ocasiones que la libertad de pensamiento entendida como libertad para pensar es falsa, falaz, imposible. No es que el filósofo no pueda pensar con libertad. Es que nadie puede. Al menos, si se quiere pensar con un mínimo de criterio (que es precisamente la tarea que en este punto podemos atribuirle a la filosofía: pensar con o según un sistema). No puede pensar con libertad quien calcula derivadas, quien mide la masa de un cuerpo sólido, quien descompone una molécula orgánica, quien estudia la cuestión de la reforma agraria en la España moderna, &c. No es posible pensar con libertad cuando hay axiomas, leyes y principios a los que acogerse. Cuando hay sistema.

En segundo lugar (no en orden estadístico), la filosofía fomenta la tolerancia para el libre debate entre ideas. Aquí hemos caído presos en el relativismo del «todo vale»: la filosofía parece quedar reducida a un cajón de sastre donde cualquiera puede decir lo que le plazca, y donde además se espera que el resto de asistentes al debate reconozcan el valor de las ideas expuestas, aun cuando sean auténticos disparates. De acuerdo con lo que hemos dicho antes de que la filosofía no es garantía ni condición de posibilidad para la libertad de pensamiento, tampoco podemos reconocer la asociación entre la filosofía y la tolerancia argumentativa. Precisamente porque no somos libres para pensar cuando se piensa desde un sistema, no todas las ideas valen lo mismo, ni todas sus argumentaciones son legítimas. En este presente en marcha no se puede tomar en serio, por ejemplo, a quien afirma que la 2+2 es igual a 5, o que la Tierra es plana, o que a través de las vacunas y el 5G ciertas élites tecnológico-financieras controlarán nuestras vidas. Pero esto no lo puede o no lo debería tomar en serio ni un filósofo ni nadie con dos dedos de frente. De nuevo, como dijera el profesor Bueno, hay ideas frente a las cuales no cabe la tolerancia, y alternativas ante las cuales hemos necesariamente de tomar partido.

La tercera cuestión, relativa a la democracia. Esta es una cuestión en la que concuerdan prácticamente todos los Departamentos consultados: la filosofía es una disciplina que fomenta el espíritu democrático y cívico de la ciudadanía. En el próximo apartado vamos a hablar sobre la relación entre la filosofía y la democracia, porque se ha convertido en un tópico pensar que la falta de salud democrática de las sociedades políticas contemporáneas es causa de la falta de implementación de más programas de filosofía en Institutos y Universidades, o que dicha insalubridad democrática de las instituciones políticas se eliminaría con el aumento de horas docentes de la filosofía. Se sigue la tesis fundamentalista del «más democracia», traducida de acuerdo con la tesis idealista de la filosofía en «más filosofía». Por ahora basta con decir que no se sabe muy bien en razón de qué características esenciales la filosofía es afín con la democracia, o más aún, es la condición de posibilidad de una democracia sana. Particularmente no sé muy bien de dónde sale semejante estupidez, porque a poco que uno haya estudiado la tradición filosófica se dará cuenta de que los prácticamente todos los filósofos de primera fila han adoptado actitudes muy críticas con respecto a la democracia. A los que no adoptan esa posición crítica, como por ejemplo Kant, se aferran quienes piensan que a «más filosofía» «más democracia». Por otro lado, no sé en qué medida la filosofía puede contribuir a la construcción de una sociedad más democrática (dando por supuesto, y esto solo lo decimos de pasada, que eso es algo bueno) cuando el gremio de filosofía es lo más clasista y antidemocrático que puede verse en una Facultad universitaria. Quienes se hayan adentrado en el mundo académico de la filosofía sabrán que las Cátedras de Filosofía no siempre las ocupan los mejores, sino los mejor posicionados, o que en los departamentos no importa tanto sobre qué o quién hayas hecho la tesis doctoral como quién haya sido tu director y quiénes los miembros de tu tribunal. Los contactos, en el más de los casos, importan más que los contenidos. Por eso afirmo tajantemente: la filosofía nunca ha sido democrática. Y tampoco se da la necesidad de que lo sea.

La última y cuarta cuestión, la relación entre la filosofía, la paz, los derechos humanos y los «intereses humanísticos». Como se ha considerado a la filosofía la madre de todas las ciencias, la ciencia suprema, el ámbito donde convergen la física, la antropología, la geometría y la balística, se concluye que también será la disciplina que nos traiga un futuro de paz (Kant, *Sobre la paz perpetua*), de tolerancia (la relación entre la filosofía y la democracia) de libertad (la tríada ilustrada razón-libertad-filosofía) y de respeto a los derechos humanos. Sin embargo, bien visto el asunto, parece que

(16) En cualquier caso, cualquiera que busque en Google podrá encontrar sin esfuerzo un ranking nacional de Universidades públicas, en el que me he basado ligeramente para el estudio.

Eduardo Gutiérrez Gutiérrez. *Sobre el origen material de las ideas: un comentario crítico a la concepción idealista de la filosofía*
El Basilisco, nº 55 (2020), págs. 34-48. ISSN 0210-0088 (vegetal) ISSN 2531-2944 (digital)

la relación de asociación se produce a la inversa, lo que revela la falta de coherencia de la concepción idealista de filosofía, que, como sucede con la Idea de Cultura[17], se le atribuyen una serie de contenidos que se consideran buenos por cuanto su recipiente es excelente, selecto; pero lo que sucede realmente no es que los contenidos sean buenos porque se incluyen dentro del cuerpo de la filosofía o de la cultura, sino que los cuerpos doctrinales de la filosofía y de la cultura son buenos porque incluyen contenidos de alto valor (sin perjuicio de contenidos de poco valor o de valor negativo: la silla eléctrica en el caso de la cultura, y una ingente cantidad de tópicos y lecturas fáciles en la filosofía[18]). En este caso concreto, como se supone que la filosofía es la madre de todas las ciencias, y se supone también (en el contexto de las democracias homologadas) que la paz, la democracia y los derechos humanos son las máximas conquistas realizadas por la humanidad, se da por supuesto que estos contenidos han de ser los propios de la filosofía, cuando no los más fundamentales. Pero resulta, como en el caso de la democracia que mencionamos en el párrafo anterior, que la filosofía no necesariamente está vinculada a la paz, a la democracia y a la tolerancia, ni siquiera a los derechos humanos, aunque alguna doctrina filosófica, por ejemplo el kantismo y el neokantismo, puedan ser susceptibles de convertirse en adalides defensores de la sacrosanta cruzada por la paz mundial y la realización de los derechos humanos. Pero si por ejemplo tratamos de vincular a Platón o a Aristóteles con la defensa de los derechos humanos, o bien desistimos en la tarea, o bien nos vemos obligados a deformar los hechos hasta el punto de hacer irreconocibles sus ideas originales. La filosofía es siempre hija de su tiempo, y hay tiempos más democráticos, menos democráticos, más pacíficos, menos pacíficos, y «más humanos» o «menos humanos». No hay más vuelta de hoja. Por otro lado, y para terminar, no se sabe muy bien en qué medida la filosofía es más humanista, salvando la complejidad de tal término, que la antropología o la medicina, por ejemplo.

4. Sobre el papel de la filosofía y del filósofo

Es el momento de culminar la crítica a la concepción idealista de la filosofía con el ataque dirigido al que consideramos el elemento fundamental sobre el que se levanta dicha concepción, y que también hace posible la crítica despectiva a la filosofía: la actividad del filósofo consiste en el conocimiento de la Verdad por la vía de la Razón. El filósofo queda equiparado a la figura del «sabio». Pero la idea vulgar del sabio está más próxima a la del ermitaño que a la del científico, a quien se le considera más bien un «especialista». Es decir, que el filósofo, por ser sabio, es un individuo alejado de la realidad y del mundanal ruido, que se pasa la vida rodeado de libros y que realmente nunca está conectado con el mundo empírico cuyos secretos dice poder desentrañar y comunicar. Y si lo está, si se preocupa de la realidad y se hace cargo de ella, ya no es sabio sino «intelectual», un intelectual adherido a tales o cuales ideologías que desde la perspectiva de su propia nematología no son más que fuentes de ideas para la implantación política de su programa. En ambos casos, en el del «sabio-ermitaño» que no sale de su despacho y en el del «intelectual» que apenas entra en él, el filósofo vuelve a ser sujeto de malinterpretaciones plenamente conscientes e intencionadas.

Esta imagen del filósofo como un sabio ermitaño que se retira al desierto (Jesucristo) o al bosque (Siddhartha) no solo es difundida por los críticos, sino también por los defensores de la filosofía, incluso por los propios filósofos (es decir, por los propios profesores de enseñanza secundaria o universitaria). Ni que decir tiene que en los Institutos de Enseñanza Secundaria hay numerosos profesores cuyo estilo de vida sirve para fundamentar esta tesis. El filósofo, se dice, no está en el mundo, no sabe nada del mundo, vive de y en las Ideas (lo cual, desde el posicionamiento dualista del idealismo que sometemos a crítica, significa ya estar de espaldas al mundo). Conclusión: La filosofía no sirve para nada, es un entretenimiento para quienes no tienen otra cosa que hacer. Al filósofo hay que apartarle, ignorarle e incluso despreciarle[19]. En lo que resta de artículo trataremos de ofrecer una imagen totalmente diferente de la filosofía y del filósofo, para concluir con la necesidad de posicionarse a favor de una concepción materialista de la filosofía.

La primera objeción que hemos de hacerle a la concepción idealista de la filosofía, que, según vemos, considera que el filósofo se dedica a la pura contemplación de las Ideas (Ideas que, de acuerdo con lo que hemos dicho en el punto primero, según la visión que tomamos como objeto de crítica, vendrían caídas del cielo. En este sentido, el filósofo solo tendría que esperar a que estas Ideas le sean dadas). Esta visión de la actividad filosófica como una actividad puramente pasiva, lucrativa, solo apta para quienes tienen mucho tiempo libre y no desean

(17) Gustavo Bueno, *El mito de la cultura*, Pentalfa, Oviedo, 2016.

(18) Sería interesante estudiar la relación entre la proliferación de producciones culturales en, al menos, los últimos setenta años, y la cantidad de obras filosóficas basura que se han editado durante este tiempo. Títulos como *Filosofía para principiantes*, *El mundo de Sofía*, *Platón para soñadores*, &c. En estas obras no se lee filosofía ni siquiera tangencialmente. Constituyen un descomunal «brindis al so»l, una retahíla de tópicos más centrados en el modo de vida de los filósofos (que, por otro lado, nos debería importar un rábano) que en sus doctrinas. Es la vulgarización de la filosofía en estado puro, provocada por esa concepción idealista de filosofía en razón de cual hacer filosofía es especular, hipostasiar, imaginar mundos mejores.

(19) Yo, que soy un veinteañero de un pequeño pueblo vallisoletano que un buen día decidió estudiar la filosofía, soy consciente de esta crítica. De hecho, este artículo está escrito como respuesta a tantas experiencias vitales que me pusieron sobre la pista de la alarmante confusión reinante sobre lo que es y en lo que consiste la filosofía.

Eduardo Gutiérrez Gutiérrez. *Sobre el origen material de las ideas: un comentario crítico a la concepción idealista de la filosofía*
El Basilisco, nº 55 (2020), págs. 34-48. ISSN 0210-0088 (vegetal) ISSN 2531-2944 (digital)

mezclarse con los asuntos de la sociedad, justifica, a mi juicio, algunos tópicos que se le suelen atribuir al filósofo; a saber: el uso de estupefacientes para alcanzar algún estado de éxtasis que le ponga en contacto directo con el «mundo de lo inteligible»[20], que no se ocupa de los asuntos de la sociedad (entendiendo «sociedad» en un sentido amplio, como sociedad civil pero también como instituciones, bienes, asociaciones, &c.), y que su actividad no sirve para nada, no es rentable, no produce, no crea, no cotiza (aquí reconocemos el sesgo de la economía liberal-conservadora, que incluso se cree capaz de deformar completamente una tradición filosófica tan rica como la de la Escuela de Salamanca; léase, «Instituto Juan de Mariana»).

Según esta visión idealista, la actividad del filósofo, la filosofía, no sirve para nada. Y no sirve para nada porque se entiende la actividad especulativa o teorética (en el caso de que la filosofía sea puro teoreticismo, lo cual ponemos en duda) como una pérdida de tiempo. Recordemos lo que decíamos al comienzo del artículo sobre la reducción de la política y de la economía a gestión, y de la historia al puro hecho. Sumémosle a este caldo de cultivo la reducción positivista del fenómeno al hecho fáctico, medible y manejable, y tenemos el esquema de un mundo dispuesto exclusivamente para la explotación tecnológica del ser humano. Un mundo como «estación de servicio», que diría Heidegger (conferencia de 1926, "Para qué poetas"). Un mundo, continuando con la exposición de Heidegger, en el que el sentido de los entes ha quedado reducido a la pura utilidad, y del que ya no se espera nada más que su disposición para el aprovechamiento humano a través de la técnica, y de acuerdo con la exigencia o necesidad de «emplazamiento» (*Ersetzbarkeit*) que ésta tiene con respecto a la naturaleza. Un mundo o una naturaleza que es resultado del inveterado «olvido del ser», que no es sino el olvido de una estructura fundamental de la relación entre las cosas y de los sujetos operatorios. Un mundo del que solo un Dios puede salvarnos (*Nur noch ein Gott kann uns retten)*[21] [22].

Pero cuando rompemos con la tesis del nacimiento *ex nihilo* de las Ideas, y por el contrario desarrollamos toda una teoría sobre la génesis material e histórica de las Ideas desde los conceptos categoriales de las ciencias y de las tecnologías, los cuales a su vez proceden de términos que derivan del empleo de ciertas técnicas, es decir, de una relación inmediata con la realidad empírica, este mundo de los puros hechos (en el sentido positivista del término) se nos viene abajo, y con él la concepción falaz e interesada de la filosofía como un pasatiempo.

Lo mismo sucede si tenemos en cuenta la relación de la filosofía con las ciencias. De la misma forma que las ciencias no pueden teorizar sin operar con los aparatos que les permiten operar sobre las realidades de sus respectivos campos, es decir, igual que el astrónomo no puede desarrollar su ciencia sin el telescopio, el biólogo sin el microscopio, el físico sin el acelerador de partículas, el matemático sin la pizarra, &c., el filósofo no puede filosofar sin el material operatorio que sostiene su disciplina: los libros, los manuales, los diccionarios, las enciclopedias, los folios en blanco, los lapiceros, las máquinas de escribir, las pizarras electrónicas, &c. Es decir, que de la misma forma que los fenómenos astronómicos forman parte de la astronomía (que por eso no es simple teoría, sino teoría más fenómenos más aparatos más relaciones), los fenómenos de los que proceden las Ideas filosóficas están insertos en la propia tradición de la filosofía; a cada gnoseología le corresponde una ontología. Por eso mismo, y también por lo apuntado antes, la tesis idealista de que el filósofo se desconecta del mundo para teorizar, o de que puede realizar su labor simplemente mirando a las musarañas, es falsa. Y además de falsa, interesada. Porque basta con pasearse por un departamento de filosofía para comprobar que los filósofos no pueden trabajar allende de su material operatorio y de las instituciones que permiten la continuación y extensión del conocimiento filosófico. Si las Ideas, como hemos demostrado más arriba, están entretejidas con la realidad, el filósofo, al operar con ellas, no puede mantenerse aislado de la realidad de la que proceden (si no quiere hacer metafísica, por supuesto).

Esto por lo que respecta a la perspectiva peyorativa de la filosofía desde el idealismo. Pero como ya advertimos al comienzo del artículo, la visión idealista de la filosofía también llega a los defensores de la filosofía y de su implantación o extensión pedagógica en todos los órdenes de la sociedad política. Si para los primeros la filosofía no es prácticamente nada, algo así como

(20) Ni siquiera Antonio Escohotado, autor de la *Historia general de las drogas* (1989), supo responder a la pregunta planteada por Ernesto Castro durante una entrevista subida a su canal de YouTube sobre cuál es la droga que recomienda para un estudiante de filosofía, esto es, para el estudio de la filosofía (o de cualquier otra ciencia).

(21) Un Dios no en el sentido onto-teo-lógico, cristiano; es decir, no un Dios entendido como un supra-ente, sino un Dios comprendido como ejercicio mismo del acontecer del Ser. Un acontecer del Ser que se juega en el «cuidado» (*Sorge*) que anticipa las posibilidades de relación y utilización con las cosas y que en esa anticipación trae el Ser de las cosas a la presencia del ente. Este acontecer, en la medida en que los entes quedan reducidos al puro aprovechamiento tecnológico y científico por parte del ser humano, resulta imposible a día de hoy. (Entrevista a Heidegger por el diario alemán *Der Spiegel*, 1966.)

(22) Aunque no lo hayamos referido explícitamente, este párrafo supone la puesta en práctica del concepto de «alienación». Para San Agustín, el hombre (Adán) se aliena cuando, por obra del pecado original, se sale de sí, esto es, de su estado de Gracia. La alienación en sentido teológico seguirá su recorrido histórico en la obra de Lutero, hasta entroncar, ya secularizada, en el idealismo alemán de Fichte, Hegel, Feuerbach y Marx. La alienación en cuanto *Entfremdung*, esto es, en el sentido en el que la ejercitamos en el párrafo, consiste en el proceso de constitución de un objeto previa segregación de las huellas del sujeto productor; se trata, como dirá Fichte, de un proceso de «deshumanización». (*El mito de la cultura*, Pentalfa, Oviedo, 2016, págs. 132, 277-278; Manuel Alonso Olea, *Alienación. Historia de una palabra*, Discurso de recepción del título de Académico de número impartido en la Real Academia de las Ciencias Morales y Políticas el 27 de marzo de 1973.)

una religión secularizada (cosa que podríamos aceptar siempre y cuando por filosofía se entienda solamente metafísica; pero la visión ingenua de la filosofía cree poder extender esta reducción a todos los ámbitos filosóficos, incluida la ética, la epistemología, y sobre todo la ontología), para los segundos la filosofía lo es todo, es decir, la culminación de la Razón, la conquista de la Libertad y el acceso a la Verdad del mundo, como se ha intentado poner de manifiesto con el análisis de la Idea de Filosofía acuñada por las principales Universidades españolas. Desde nuestra posición materialista tenemos la obligación de desechar ambas opciones, no tanto por su extremismo («todo o nada»), lo cual también es criticable, aunque no es objeto de este trabajo realizar tal crítica, sino fundamentalmente por las premisas de las que parten.

Porque la visión idealista-optimista de la filosofía no por ser optimista (en relación al futuro de la disciplina filosófica) deja de ser idealista, y la concepción *ex nihilo* de las Ideas, que según ellos Platón ayuda a legitimar, no es óbice para el desprecio sino muy al contrario para el reconocimiento, la admiración y la protección de quienes componemos el gremio de la filosofía. Los filósofos, dirán los idealistas-optimistas, tienen acceso a una verdad (Verdad) que ningún otro individuo o gremio, ya sea el de los geólogos, los juristas, los físicos, los biólogos, los políticos, los libreros o los tenderos pueden conocer, a no ser que se re-introduzcan en el gremio de la filosofía. De este modo, la filosofía se basta a sí misma, es decir, el filósofo se basta a sí mismo para conocer la Verdad. Entonces está justificado que el filósofo se aleje de la sociedad, que no acuda a programas de televisión (que no baje a la caverna), que no escriba artículos de opinión en la prensa escrita y que no opine sobre los asuntos concernientes a la política. Y si desde esta posición se defiende que lo haga, esto es, que baje a la caverna, será con dos matices: primero, que su palabra sea la autoridad última sobre el tema en cuestión (vemos esto por ejemplo en los artículos de opinión o las intervenciones en las tertulias televisivas de algunos filósofos, o llamados filósofos, a los cuales se les presenta ante el gran público como especímenes en peligro de extinción, y cuya opinión, supongo que sea por el hecho de que han leído mucho y parecen muy listos, se considera, siempre que no moleste a los poderosos de las cadenas o los medios en los que aparecen, la última palabra a ese respecto), o dicho de otro modo, que lo que diga la filosofía no pueda ser refutado por las demás ciencias; y segundo, más grave si cabe, que el filósofo que baje a la caverna solo se ocupe de asuntos reconocidos como dignos de ser expuestos bajo el método de la filosofía (asuntos, claro, que quienes defienden esta posición se encargarán de delimitar, delimitando con ello el acceso a los mismos de otros tantos individuos, sean científicos o no, que bien podrían darle al filósofo unas cuantas lecciones al respecto). Con esto, la filosofía se convierte o bien en dogma o bien en retórica para el debate político. Y todo por no reconocer que la filosofía está vertida sobre el «barro», lanzada sobre la sociedad política, y que lo mismo puede reflexionar sobre ética que sobre fútbol, sobre biología que sobre geografía, sobre la técnica que sobre las redes sociales, &c. Y viceversa, que de la misma forma que sobre el aborto o la eutanasia habla el catedrático de Ética de la Universidad Complutense de Madrid pueden hacerlo, con mayor o menor precisión conceptual, el profesor de secundaria de un pueblo burgalés o el biólogo-antropólogo.

La polémica sobre si la filosofía se basta a sí misma o no para pensar el mundo recuerda a la polémica mantenida entre Gustavo Bueno y Javier San Martín en relación a la diferencia entre una «Teoría de la cultura» y una «Filosofía de la cultura» a raíz de la crítica que el segundo le hace al primero en la obra *Teoría de la cultura* (1999), recogida en las actas del IV Congreso Internacional de Antropología Filosófica organizado por la Sociedad Hispánica de Antropología Filosófica del 11 al 13 de septiembre de 2000 en Valencia. Según San Martín, la Filosofía de la cultura consiste en el estudio de la cultura desde sí misma (Cultura), sin necesidad de referir a otras tantas entidades lisológicas y morfológicas con las que establece contacto (por ejemplo, el Estado, el Hombre, la Sociedad, la agricultura, la Religión, la zoología, la biología, &c.). La posición de Gustavo Bueno fue la totalmente contraria: una Teoría de la cultura tiene en cuenta las relaciones que los «sistemas morfodinámicos» o culturales guardan con otras tantas entidades envolventes, así como la relación entre los distintos sistemas culturales existentes. Asimismo, creemos reconocer el origen de la posición adoptada por el profesor San Martín en el planteamiento que hace Ortega y Gasset en la quinta lección de *¿Qué es filosofía?*, donde define a la filosofía como una «ciencia sin suposiciones»[23] que se guía según los principios de la «autonomía» o la no dependencia de otras ciencias, de las cuales es su base fundacional (la filosofía como «ciencia radical» o «madre de todas las ciencias»), y de «pantonomía», con el que se pone el énfasis en el sentido radical de la actividad filosófica, que trata de llegar a la raíz de los problemas planteados por las ciencias. Esta tesis de la filosofía como ciencia autónoma y pantonómica recuerda bastante a la exposición preliminar de la duda radical cartesiana, que Ortega se afana en criticar a lo largo de su obra (en este sentido, lo mismo que le dice a Husserl de que se quedó demasiado corto en la crítica a Descartes podríamos decírselo al propio Ortega).

Un pequeño inciso. Sin ánimo de agotar la cuestión en este trabajo, es más, con la intención de abrir una futura investigación sobre el tema, quiero decir cuatro palabras sobre algunas diferencias notables entre la concepción

(23) José Ortega y Gasset, *¿Qué es filosofía?*, OC, v. VII, 1961, pág. 335.

Eduardo Gutiérrez Gutiérrez. *Sobre el origen material de las ideas: un comentario crítico a la concepción idealista de la filosofía*
El Basilisco, nº 55 (2020), págs. 34-48. ISSN 0210-0088 (vegetal) ISSN 2531-2944 (digital)

de la filosofía de Gustavo Bueno y la concepción de la filosofía de José Ortega y Gasset. Sirva como primera diferencia la ya apuntada, a saber: la filosofía orteguiana como ciencia autónoma y pantonómica cuya tarea consiste en llegar a la raíz misma de los problemas y las realidades de las que se ocupa partiendo de nada más que de sí misma (a este respecto, Ortega redunda en varias ocasiones en la idea de que la filosofía es una «ciencia sin supuestos» o una «ciencia universal»), frente a la idea materialista-filosófica de la filosofía como un «saber de segundo grado» que se desarrolla a partir de los saberes ya dados de las ciencias, las técnicas y las tecnologías. Por otro lado, si bien Gustavo Bueno postula en *El papel de la filosofía en el conjunto del saber* que la filosofía no consiste en una aprehensión de las causas primeras de lo real, Ortega, en *La idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva*[24], expone la idea de la filosofía como «aprehensión de esencias», incluso en "Lecciones del curso universitario 1921-22", como «aproximación al corazón del mundo». Huelga decir que allende de las diferencias señaladas, y de otras muchas y cuyo análisis escapa de los horizontes del presente trabajo, entre las concepciones de la filosofía presentadas existen semejanzas a tener en cuenta, es decir, a valorar, analizar y criticar. En cualquier caso, y para terminar el inciso, solo quería dejar apuntadas algunas diferencias, quizás las más evidentes, entre las concepciones de la filosofía que manejan Ortega y Bueno, para sentar las bases o presentar la problemática que ocupará mis futuras investigaciones[25].

Volviendo a nuestro tema, contra estas dos posiciones acerca de la naturaleza y el sentido de la filosofía, la idealista-peyorativa y la idealista-optimista, defendemos la posición crítica del materialismo filosófico, de acuerdo con la cual: primero, la finalidad de la filosofía no es la verdad ni la libertad; segundo, la filosofía no puede entenderse alejada del horizonte de las ciencias, de las técnicas y de las tecnologías; y tercero: el filósofo no puede pensar al margen de la sociedad política, porque es sobre la sociedad política sobre la que piensa. Y como cuarto argumento en contra de esa posición interesada: la filosofía tiene el objetivo de triturar los fundamentalismos imperantes en las sociedades contemporáneas. Veamos cada argumento en detalle.

Aunque creemos haber dicho bastante al respecto de la relación entre la filosofía, la verdad y la libertad, nunca es suficiente cuando se trata de hacer frente a los dogmatismos que tratan de oscurecer las realidades sobre las que argumentan. Si bien podemos reconocer que la filosofía se ocupa del conocimiento de la verdad, no sabemos en qué medida es diferente esta ocupación de la que se persigue en el resto de ciencias. Como si la física no tratase de descubrir y describir la verdad (o las verdades; ese es otro tema interesante pero del que no nos ocuparemos aquí) del mundo físico, o el biólogo la verdad del mundo biológico. En este sentido, si la filosofía tiene un contacto con la verdad es a través de las ciencias, es decir, con las verdades científicas. Por contra se da por hecho, al asumir que el objetivo de la filosofía es la verdad, que la verdad guarda una relación sintética con la filosofía. Pero lo cierto es que si miramos las cosas desde una perspectiva materialista, la filosofía tiene poco o nada que ver con la verdad, si por verdad entendemos la adecuación de la teoría con la cosa, que parece ser la noción de verdad que destilan los idealismos a los que nos enfrentamos (verdad adecuacionista, epistemológica: relación sujeto-objeto).

Solamente podríamos afirmar que la tarea de la filosofía es la verdad si, de acuerdo con lo que diremos a continuación, entendemos la verdad como una toma de partido por tales o cuales dogmas o teorías. O, por otro lado, si entendemos la verdad como clarificación de realidades que se presentan confundidas, o que en determinados discursos (científicos, políticos o mundanos) se tratan de confundir. La filosofía tendría la misión de contar la verdad acerca del Estado, por ejemplo, no descubriendo lo que el Estado es en sí, cosa harto inútil, sino aclarando las diferentes concepciones que se han ido desarrollando históricamente sobre el Estado y reconociendo las líneas maestras (Ideas) que atraviesan esas concepciones; haciendo una Teoría general del Estado. Solo de este modo podríamos reconocer la relación de la filosofía con la verdad. ¿Cómo podría, por ejemplo, vincularse la filosofía con la Antropología (en cuanto ciencia positiva) en virtud de la verdad? En primer lugar, y tal y como Gustavo Bueno expone en el epílogo de *Etnología y utopía*, clarificando en primer lugar el «campo», que no el «objeto», de la antropología, para después establecer las distintas clases de material antropológico con las que se puede trabajar (y no con ninguna otra, dado el «cierre» del campo antropológico): (A) clase de las personas; (B) clase de las «cosas culturales»; (C) clase de las

(24) Obra criticada por el profesor Bueno en la reseña publicada en la *Revista de Filosofía* del Instituto Luis Vives (CSIC) en el año 1959, un año después de la publicación de la obra original en Buenos Aires, póstumamente. Reseña que, por consiguiente, habrá de incluirse en la introducción bibliográfica de la siguiente nota a pie. (Gustavo Bueno, "La idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva", *Revista de Filosofía*, 68, 1959, págs. 103-112).

(25) A modo de estado de la cuestión para ese inminente estudio ofrezco un breve recorrido por las obras en las que los dos autores analizan, definen o exponen su concepción de la filosofía. Conviene apuntar que este listado solo incluye sus obras mayores, dejando de lado las obras menores o los pequeños artículos en los que también hablan sobre la Idea de Filosofía. Tampoco se incluyen ahora, aunque se tendrán en cuenta, las obras en las que Bueno analiza la Idea de Filosofía de Ortega.

Por parte de Ortega destacamos: Meditaciones del Quijote (1914), ¿Qué es la ciencia, qué la filosofía? (1928), ¿Qué es filosofía? (1929), Misión de la Universidad (1930), Prólogo para alemanes (1934), Ideas y creencias (1940), Epílogo de la filosofía (1943), La idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva (1947).

Por parte de Bueno destacamos: El papel de la filosofía en el conjunto del saber (1970), Ensayos materialistas (1972), La metafísica presocrática (1974), Teoría del cierre categorial (v. I) (1992), ¿Qué es la filosofía? (1995), ¿Qué es la ciencia? La respuesta de la teoría del cierre categorial. Ciencia y Filosofía (1995), Televisión: Apariencia y verdad (2000), El Ego trascendental (2016).

Eduardo Gutiérrez Gutiérrez. *Sobre el origen material de las ideas: un comentario crítico a la concepción idealista de la filosofía*
El Basilisco, nº 55 (2020), págs. 34-48. ISSN 0210-0088 (vegetal) ISSN 2531-2944 (digital)

acciones y operaciones. La misma tarea de distinción, clasificación y crítica habrá de realizar la filosofía sobre todas las demás ciencias (Sociología, Biología, Etología, &c.). O mejor dicho, y terminamos con este punto, sobre los campos de estas ciencias.

Por lo que respecta a la relación de la filosofía con la libertad, basta con insistir en la idea de que no es libre (no puede serlo) quien piensa de acuerdo con un sistema. Y si asumimos que la filosofía tiene que ser siempre una filosofía sistemática (de este modo la tradición de la filosofía o la Historia de la Filosofía no se nos presenta como cuerpo unívoco, «el Gran Filósofo», sino como una pluralidad de escuelas o sistemas en pugna constante en razón de la cual los unos se erigen sobre y «contra» los otros ofreciendo una sensación de continuidad[26]). No apuntaremos más a este respecto. Solamente quisiéramos advertir a quienes, jóvenes o no tan jóvenes, se estuviesen planteando estudiar académicamente la filosofía, que tuviesen muy en cuenta lo que acabamos de decir: la filosofía no da la libertad. Muy al contrario, te ata de por vida al estudio crítico de los conocimientos científicos, técnicos, políticos, religiosos, &c., así como al estudio profundo de la tradición filosófica[27].

Por lo que respecta a la relación entre la filosofía, las técnicas y las ciencias. ¿Puede haber una prueba más congruente que ésta contra la tesis de que la filosofía es una disciplina desconectada del mundo? Sobre todo cuando, con el materialismo filosófico, asumimos que el mundo (M_i) es filtrado por las ciencias, o dicho de otro modo, que son las ciencias las que transforman el mundo a cada momento incorporando nuevas realidades[28]. Pero no solo porque la filosofía se tenga que sostener siempre sobre lo que dicen las ciencias acerca del mundo, sino también porque no es posible pensar sobre el mundo a día de hoy sin estar completamente involucrado con él. No se le puede conceder legitimidad, por ejemplo, al filósofo que cree ser capaz de escribir todo un manual filosófico sobre la televisión (o sobre Netflix, el Tik Tok, Twitter, &c.), sin haber participado del fenómeno televisivo (una participación que no solo se reduce a la asistencia a programas, sino que ampliamos al visionado de los mismos, al estudio de los medios de producción de los programas, de las relaciones entre las cadenas televisivas y otro tipo de empresas publicitarias, el conocimiento de las tecnologías que obran el «milagro televisivo», &c.). Si el objetivo de la filosofía, en cuanto «filosofía inmersa»[29], es el estudio de la realidad presente, no cabe sino volcarse completamente sobre esa realidad. Por otro lado, no menos importante, tenemos la relación de la filosofía con la política. No es posible hacer filosofía, a día de hoy, sin inmiscuirse en el debate político. Un debate que no solo se juega en el Parlamento (donde menos política hay hoy día), sino también en las calles, en los movimientos sindicales, en las fábricas, en las plazas de los pueblos, en los debates televisivos y radiofónicos, en las redes sociales, en la militancia activa, &c. Es decir, que la filosofía no puede desentenderse de la sociedad de su presente en marcha porque es precisamente de esa sociedad de donde toma las cuestiones que habrá de someter a crítica, de acuerdo con lo que diremos a continuación. Con esta última reflexión damos por expuesto el tercer argumento contra la concepción idealista de la filosofía, y pasamos al cuarto y último.

La tarea de la filosofía es una tarea eminentemente crítica. O enunciado de otro modo: la crítica, y no la verdad, es el objetivo del filósofo. En este sentido, y recuperando la expresión de López Aranguren, el filósofo es un «aguafiestas». Pero no lo es porque vaya a contracorriente, es decir, porque su labor consista en la crítica indiscriminada hacia toda cuestión que recibe un reconocimiento social, sino porque su modo de pensar es dialéctico. No piensa «a la contra»; piensa «contra» tales o cuales dogmatismos y fundamentalismos.

Si recordamos la cita de Ortega que abría la introducción del artículo, parece una constante en la filosofía (igual que la crítica a la democracia) la puesta en tela de juicio de la tesis sobre la comprensión que la sociedad civil pueda tener de los conceptos y las Ideas que flotan en el ámbito público. Es decir, el reconocimiento de que la gente no sabe lo que dice saber. Y no por ignorancia, ni mucho menos (recordemos la distinción entre la «filosofía académica» y la «filosofía mundana»), sino por confusión. Una confusión que

(26) La tesis del «armonismo» o «integracionismo» de la Historia de la Filosofía (es decir, la tesis de acuerdo con la cual la Historia de la Filosofía se comprende como un diálogo armónico entre filósofos clásicos y modernos, al modo de la concepción progresista y acumulacionista de la Historia de la Ciencia) también es, a mi juicio, síntoma del idealismo filosófico que empaña la concepción de la filosofía de los partidarios de su implantación o extensión política. En este sentido, dicha tesis habrá de ser objeto de crítica en el futuro.

(27) De acuerdo con esto, podríamos enumerar, contra los que dicen que el filósofo solamente se dedica al ensimismamiento, una serie de actividades a las que todo filósofo, si de veras quiere adentrase en la «cosa filosófica», tiene necesariamente que realizar: lectura, relectura, traducción, investigación filológica, investigación científica, asistencia a debates, Congresos y seminarios donde discutir y poner en común las ideas adquiridas, redacción y publicación de artículos, &c. Si a esto le sumamos (por ponerle un pero más a la Idea de la filosofía como disciplina para la democracia) la necesidad que tienen los jóvenes investigadores de publicar masivamente al tiempo que estudian, que investigan, que imparten docencia o que opositan, concluimos que la filosofía en absoluto es una actividad para la libertad de quien filosofa. No, al menos, durante los primeros años de formación (en el caso de que pueda considerarse «filósofo» a quien se acaba de titular, o a quien apenas sí tiene un conocimiento profundo de la tradición filosófica).

(28) Esto sin entrar en el debate que actualmente está teniendo lugar sobre la relación entre la ontología especial y la gnoseología en el seno del materialismo filosófico.

(29) La «filosofía inmersa» es una filosofía inmersa en el presente, frente a la «filosofía exenta», como por ejemplo la filosofía escolástica, alejada del presente. Dentro de ambas concepciones de la filosofía caben varios sub-tipos, pero basta con decir que el materialismo filosófico toma partido por una filosofía inmersa en el presente, y, además, conflictiva; es decir, en lucha constante con otros sistemas.

Eduardo Gutiérrez Gutiérrez. *Sobre el origen material de las ideas: un comentario crítico a la concepción idealista de la filosofía*
El Basilisco, nº 55 (2020), págs. 34-48. ISSN 0210-0088 (vegetal) ISSN 2531-2944 (digital)

puede estar intencionada o no, eso no es algo que nos competa discutir en este momento. Solo basta con indicar que en las plazas, en los bares, en los Ayuntamientos, en las presentaciones de libros y en los campos de fútbol, en las redes sociales y los Parlamentos, &c., están presentes una serie de Ideas (Sociedad, Humanidad, Estado, Unidad, Libertad, Mundo, Cultura, Naturaleza, Dios) que se dan por supuestas, pero de las que se tiene nociones muy vagas, oscuras y confusas. En este sentido, la tarea del filósofo es la crítica de todas esas Ideas a efecto de ajustarlas a su realidad material e histórica, es decir, a los contextos operatorios o técnicos y a los campos categoriales de los que provienen: la tarea de la filosofía es la *trituración* de Ideas. Y con esto el filósofo no pretende decirle a la gente lo estúpida que es, sino ofrecerle una batería de instrumentos teóricos que le permitirán una mejor y más profunda comprensión de la realidad, y de su naturaleza dialéctica. Que con esa crítica diga la verdad no quiere decir que la persiga. Y como ya indicamos arriba, la verdad que se pueda derivar de la trituración filosófica de Ideas no será diferente a la que se pueda alcanzar desde los conceptos que las conforman.

Por otro lado, es conveniente advertir que el hecho de que la filosofía consista (en buena parte, no enteramente) en una crítica de Ideas y conceptos no la reduce a la crítica analítica. Es decir, esta tesis no puede ser óbice para que los idealistas ataquen de nuevo con la tesis de que el filósofo no se ocupa de la realidad. Esto es síntoma nuevamente de la falta de comprensión del carácter material y operatorio de los conceptos y de las Ideas, de que el lenguaje (al menos como lenguaje científico y filosófico) tiene un origen material que lo hace fecundo para la práctica sobre la realidad.

La crítica de la filosofía no es otra cosa que la trituración de las religiones, las ciencias y las democracias en cuanto se presentan bajo presupuestos fundamentalistas. Por lo que respecta a las religiones, el ataque filosófico a la religión no atenta contra la relación inveterada de la religión y la filosofía. Se trata de la puesta en cuestión, de la trituración de las diferentes articulaciones religiosas de la Idea de Dios (sin perjuicio del «Dios de los filósofos»); no se puede negar, por ejemplo, que «La filosofía ha intervenido y sigue interviniendo activamente en el desarrollo de los saberes religiosos, particularmente en el proceso de la transformación de las religiones secundarias en religiones terciarias»[30], y tampoco se puede negar que esa intervención ha tenido un carácter crítico; recordemos a este respecto la crítica de Jenófanes de Colofón al antropomorfismo de las «religiones secundarias»: «Chatos, negros: así ven los etíopes a sus dioses. De ojos azules y rubios: así ven a sus dioses los tracios. Pero si los bueyes y los caballos y los leones tuvieran manos como las personas, para dibujar, para pintar, para crear una obra de arte, entonces los caballos pintarían a los dioses semejantes a los caballos, los bueyes semejantes a los bueyes, y a partir de sus figuras crearían las formas de los cuerpos divinos según su propia imagen: cada uno según la suya». De lo que se trata, pues, es de ponerle freno al espíritu fundamentalista de las religiones, lo cual no es óbice para la defensa de la intervención de la filosofía en la religión.

En cuanto a las democracias, de la misma forma que antes decíamos que la trituración de los fundamentalismos religiosos no desmiente la intervención de la filosofía en los procesos constitutivos de las «religiones ternarias», en particular en el cristianismo católico, decimos en este segundo contexto que la crítica filosófica al fundamentalismo democrático (sobre todo después de la caída de la URSS y el triunfo de las «democracias homologadas» del «mercado pletórico de bienes»[31]) no niega el papel constitutivo de la filosofía en los procesos de emergencia de las democracias modernas. De lo que se trata es de triturar los fundamentalismos que convierten a la democracia en el mejor de los regímenes posibles, evidenciando el carácter lisológico de la Idea (Democracia). Y finalmente, la filosofía carga contra las pretensiones fundamentalistas de los científicos en un doble sentido: primero, a efecto de evitar la concepción de las ciencias como «La Ciencia» en cuanto bloque armónico de ciencias que carece de realidad efectiva (concepción que el Ejecutivo español, y en particular su presidente, Pedro Sánchez, puso sobre la mesa una y otra vez en cada una de sus intervenciones durante la pandemia del COVID-19), y segundo, a efecto de evitar los reduccionismos relativos a cada campo categorial («todo es química», «todo es biología», &c.). Se trata, en pocas palabras, de salvaguardar el discontinuismo (*symploké*) de lo real en todos sus órdenes. O dicho de otro modo, de lo que se trata en los tres casos es de mantener los debates y planteamientos que se tienen en el ámbito religioso, en el político o en el científico dentro de los parámetros del mundo definido de acuerdo con la filosofía materialista; en pocas palabras: de cortar de raíz los idealismos, las metafísicas, los maniqueísmos y los juegos de malabares que establecen marcos de realidad imaginarios con los que se pone en práctica una tergiversación interesada de los hechos y de la idea misma de verdad.

La trituración de los contenidos sustantivados de los fundamentalismos consiste en un ejercicio de *regressus* a M, esto es, en pensar estos contenidos como desconectados de la conciencia histórica, en un vacío que presupone su conexión con las demás realidades. Dando por supuesta una realidad nos preguntamos acerca de la posibilidad de su eliminación, de que exista de otro modo, o de que

(30) Gustavo Bueno, *¿Qué es la filosofía?*, Pentalfa, Oviedo, 1995, pág. 116.

(31) Gustavo Bueno, *Panfleto contra la democracia realmente existente*, Capítulo III.

Eduardo Gutiérrez Gutiérrez. *Sobre el origen material de las ideas: un comentario crítico a la concepción idealista de la filosofía*
El Basilisco, nº 55 (2020), págs. 34-48. ISSN 0210-0088 (vegetal) ISSN 2531-2944 (digital)

exista, por ella, otra realidad. Y después, evidentemente, viene la tarea de *progressus* hacia el estado de cosas actual, ahora percibido desde una nueva perspectiva. Partimos de los fenómenos a M, y de M a los fenómenos, revisando con ello la racionalidad de los procesos de constitución de las Ideas que se someten a crítica (racionalidad que recibirá legitimidad filosófica, por decirlo de alguna manera, siempre y cuando los caminos de *regressus* y de *progressus* puedan completarse sin contradicción). La filosofía es una actividad clarificadora por cuando pone en orden la realidad, ya presupuesta por las ciencias y las tecnologías. Poner en orden la realidad significa lo siguiente: en primer lugar, reivindicar la estructura en *symploké* de la realidad, y en segundo lugar, y en la medida en que las Ideas están trabadas en la realidad, construir la *symploké* o «Geometría de las Ideas» a efecto de ajustarlas a las realidades a las que refieren y de acuerdo con las relaciones establecidas entre estas realidades.

Según esto, ¿por qué la filosofía, o para qué la filosofía, si ya damos por supuesta la realidad de las ciencias? Porque entre las realidades constituidas por las ciencias, o entre los campos categoriales sobre los que se constituyen las ciencias, existen discontinuidades, líneas de juntura sobre las cuales ninguna ciencia particular opera ni teoriza. Por eso no caben los reduccionismos ni los armonismos fundamentalistas de la ciencia. Dicho resumidamente: las ciencias no agotan la realidad. Y si algún científico dice hacerlo en nombre de su ciencia, es fundamentalista. Por eso es necesaria una filosofía que regrese a la *symploké* del mundo y detecte las Ideas que, también armadas en *symploké*, completen las junturas que existen entre los diferentes campos de realidad. Se mantiene la tesis de que el objeto de la filosofía es la concepción del mundo, pero entendiendo éste desde una base materialista.

La crítica a la concepción idealista de la filosofía y la propuesta, o mejor, el recordatorio de la Idea de filosofía del materialismo filosófico se pueden resumir en esta tesis, que es la conclusión del artículo y la toma de partido del autor a este respecto: hoy, en nuestro presente en marcha y atendiendo a los acontecimientos religiosos (surgimiento de las nuevas religiones místicas y las creencias irracionales, como la creencia en los extra-terrestres), políticos (idolatrización del sistema democrático como el mejor de los mundos posibles) y científicos (proliferación de «movimientos anti-ciencia», por un lado, y de reduccionismos científicos, por el otro), pero también a la vista de otros tantos acontecimientos que nos invitan a pensar en una transformación radical del modo como vemos nuestro mundo y a nosotros mismos (cambio climático, desarrollo de las neurociencias y las tecnociencias, Internet, &c.), la filosofía no puede no ser materialista. Porque la filosofía es crítica a fuerza de ser un saber de segundo grado, al margen de los primeros principios de la realidad: «[la filosofía] en cuanto disciplina crítica, es siempre un "saber sobre otros saberes"»[32]. La cruzada de la filosofía del siglo XXI será contra los idealismos, articulados en cualquiera de sus formas. Sobre todo contra el idealismo en su sentido metafísico, es decir, del conocimiento metafísico que, por visionario e indemostrable, no es conocimiento. Es una cruzada contra la sustantivación de las totalidades que configuran la estructura de la realidad.

Recibido: 26-08-20
Aceptado: 20-11-20

ESCUELA DE FILOSOFÍA DE OVIEDO

La Fundación Gustavo Bueno inauguró en abril de 2010 las actividades de la *Escuela de Filosofía de Oviedo,* rótulo con el que se institucionalizan algunas de las actividades académicas de la Fundación. Se asume así una denominación que, desde hace años, viene utilizándose informalmente para denominar el entorno principal en el que, desde hace décadas, se viene desarrollando el sistema del materialismo filosófico. Una denominación que gustaba particularmente a José María Laso Prieto (1926-2009), que fue patrono fundador de esta Fundación, y que utilizó en 2004, una vez más, en el discurso que pronunció al recibir el nombramiento de Hijo adoptivo de la ciudad de Oviedo: «…como consecuencia de ello, me integré en la denominada *Escuela de Filosofía de Oviedo.*»

Videos de las sesiones disponibles en:

http://www.fgbueno.es/act/efo.htm

(32) Gustavo Bueno, *El papel de la filosofía en el conjunto del saber*, Ciencia nueva, Madrid, 1970, pág. 63.